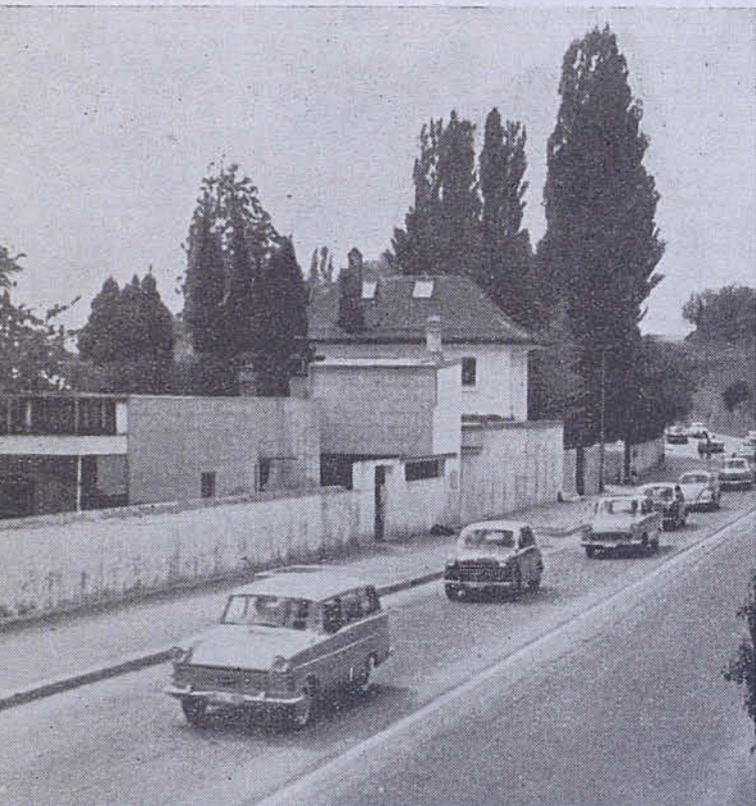


# Una visita a la "Petite Maison" de Le Corbusier



Era domingo cuando salimos mi compañero y yo de Ginebra a media mañana y abandonando la hermosa ciudad, tomamos la carretera que transcurre por la orilla suiza del lago Lemán.

Llevábamos con nosotros, como preciosa guía para nuestro corto viaje, un libro de apariencia modesta titulado: «Une petite Maison» (1); y era precisamente esta pequeña casa el motivo de nuestra salida.

Le Corbusier la había proyectado para sus padres, siendo construida en los años 1923 y 24.

En Barcelona, varios compañeros de estudios la habíamos comentado largamente antes de mi viaje a Suiza. Al hablar de la casa surgía el deseo de conocerla, por lo que todos habían insistido en que no dejara de visitarla, recomendación que yo mismo me había hecho muy en serio.

Así, mientras recorríamos la frecuentada carretera, iba ojeando el libro, releendo los párrafos del propio Le Corbusier, y preguntándome si daríamos con aquella casa de la cual nadie me había dado razón hasta entonces.

Cuando llegamos a la localidad que parecía coincidir con las indicaciones que el libro nos proporcionaba, nos detuvimos para informarnos más concretamente. Por lo que nos dijeron, parecía ser que habíamos pasado por delante de ella sin verla; de modo que volvimos sobre nuestro camino, pero esta vez, conduciendo más despacio y prestando la máxima atención a ambos lados de la carretera. Al poco rato la descubrimos a nuestra izquierda mucho más discreta de lo que yo había imaginado. Pasados unos minutos de impaciencia mientras buscábamos aparcamiento, nos encaminamos rápidamente a la verja de entrada. Antes de llamar, una rápida ojeada me produjo la impresión de que aquello estaba deshabitado. Al pulsar el timbre nos pareció que no sonaba. Y cuando ya empezaba a impacientarme y a pensar en lo que harían para meternos dentro, divisé, a través de la ventana correspondiente a la cocina, a un hombre ya mayor al que hice señas para llamarle la atención.

Me miró al principio, tras los cristales, como sin entenderme; luego hizo ademán de dirigirse hacia la puerta de entrada, donde le vimos aparecer a los pocos segundos. Mientras se acercaba a nosotros, salvando la pequeña distancia que nos separaba, me pareció un hombre

sencillo. Tan pronto como abrió la verja, me disparé con mi torpe francés, soltando las frases que más o menos traía preparadas:

— ... Soy estudiante de arquitectura y tendría mucho interés en visitar... vea usted, aquí tengo un libro que habla de esta casa... pero claro, el libro sólo no puede... y si usted no tuviera inconveniente... sería muy importante para mí...

Ante esta avalancha de palabras el hombre permaneció inmutable limitándose a decir:

Ahora estoy comiendo, si quieren pueden ver la casa por fuera mientras termino, y luego podrán entrar.

Me alegré de poder recorrer aquellos espacios exteriores sin más compañía que la de mi amigo. Al principio, y en forma algo inconsciente, quise como asegurarme de que no faltaba nada de lo que esperaba encontrar; luego, con más calma nos detuvimos en cada aspecto que jardín y casa nos ofrecían.

La parte Este del mismo está cerrada de vistas por un grueso muro. Forma un pequeño espacio cuadrado de 10 m. de lado y está presidido por un viejo cerezo que se levanta en el centro. En la cara Sur, tiene el muro una abertura, para dar la escala humana, como el libro nos dice. Esta abertura, que ya en Barcelona habíamos encontrado llena de poesía, enmarca el lago aumentando su valor.

Junto a este hueco, hay una potente mesa de hormigón que nos invitaba a recogerlos junto a ella. Está adosada al muro y parece nacer de él. Mientras permanecíamos allí sentados contemplando al viejo árbol asomar sus ramas desnudas por encima de la pared, para mostrarlas luego frente a la amplia abertura, divisamos de pronto a través de ella, dos enormes pajarracos blancos, que volando pesadamente pasaron junto a nosotros. Nos asomamos para ver como se alejaban, hasta que con placidez se posaron en el agua, transformándose así en dos pequeños puntos sobre el lago.

La fachada Sur de la casa está ocupada en casi toda su totalidad por la gran ventana de 11 metros. Entre ésta y el muro exterior, el jardín se convierte en zona de fina yerba y altas matas. Desde allí obtuvimos una visión total del Lemán, por ser el muro de poca altura a fin de permitir que surja el espectáculo: «Lumiére, espace, cette eau et ces montagnes...», según palabras de Le Corbusier.

En el otro extremo de este espacio, pude contemplar lo que el autor llama «hecho arquitectónico»: un sencillo conjunto formado por una ventana baja y un simple banco. Me pareció que hacía tiempo que nadie se sentaba allí, e incluso el banco no parecía ser el primitivo; quizá se habría podrido, y unas manos conscientes lo habían reproducido lo más parecido posible al original.

En este mismo lugar arranca la escalera que da acceso a la cubierta. Está encajonada entre la pared medianera y la de la casa. Al subir por ella observé que resultaba más estrecha que en el proyecto, porque el muro izquierdo se encontraba cubierto de vegetación. Ya arriba, nuestra vista se alegró con aquella azotea de yerbas y flores, sobre la que la opulenta copa de un árbol apoya levemente sus hojas.

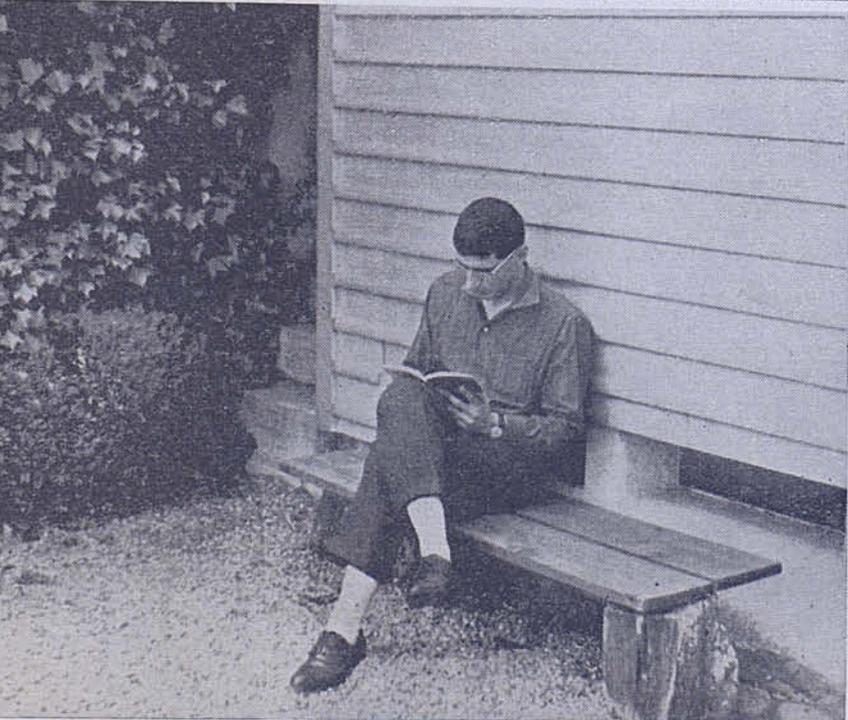
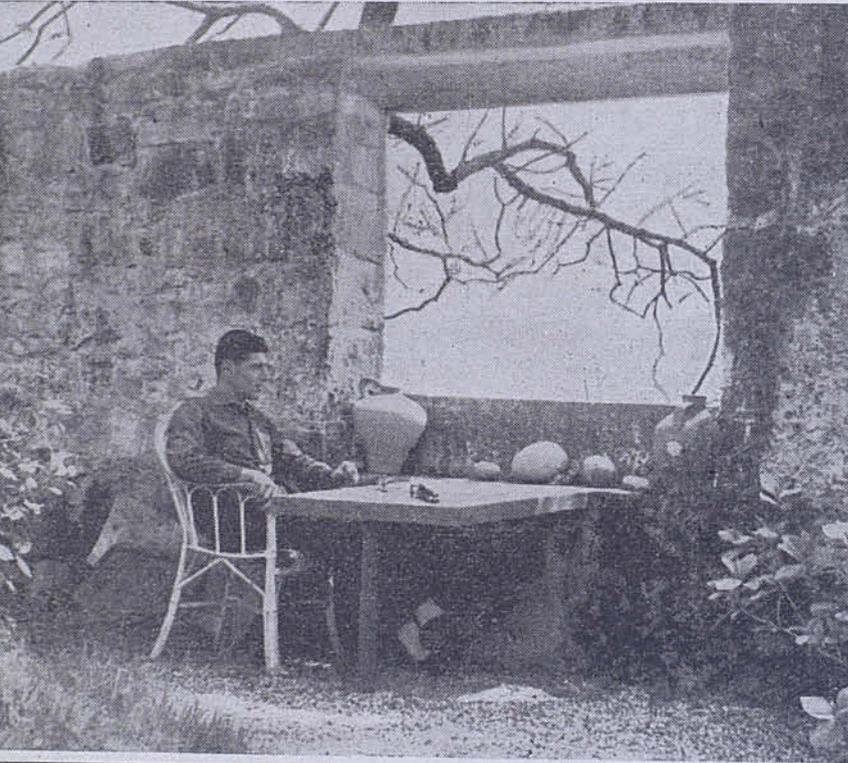
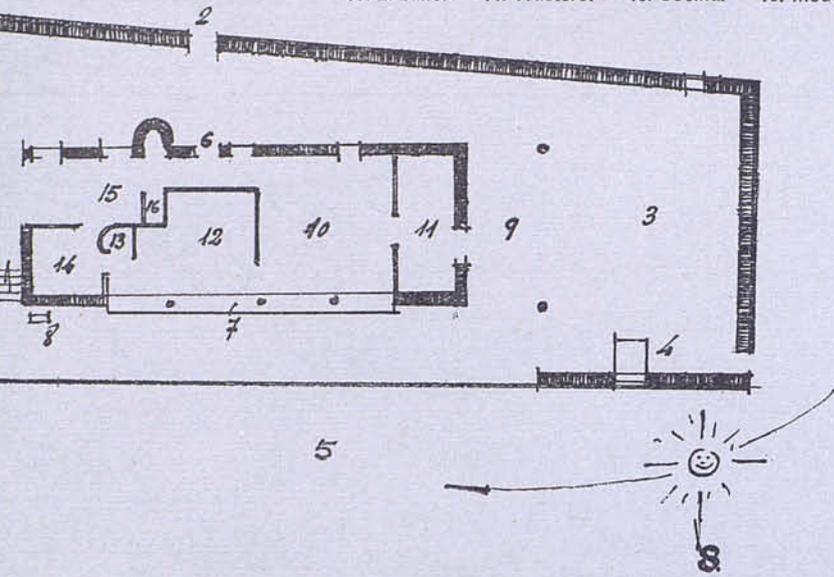
A medida que avanzábamos en nuestro recorrido, me producía gran satisfacción observar la buena sensibilidad de mi amigo, que encontraba verdadero gusto en todo lo que veíamos. Para mí era muy agradable su compañía y muy útil, ya que hablar de arquitectura con quien no se ocupa directamente de ella, pero tiene buena disposición para lo espiritual, es siempre de sumo interés.

En nuestro ir y venir, iba aprendiendo que es posible hacer arquitectura del tema más sencillo. Una pared con una sola puerta, la ventana para ventilar un sótano, un banco, una estrecha escalera de acceso a una azotea. De todo eso, y aún de cosas más sencillas se puede hacer obra consciente; no solamente tratando cada elemento como tema, sino haciéndoles a todos partícipes de una concepción total.

Cuando casi no nos acordábamos de él, vino en nuestra busca el que parecía ser único habitante de la casa. Hablamos al principio de cosas generales; nos explicó la forma como se ha evitado que los mo-

(1) Le Corbusier. UNE PETITE MAISON. Col. «Les carnets de la recherche patiente» Carnet núm. 1 Suisse 1954.

1. La carretera. — 2. La verja de entrada. — 3. Un pequeño espacio cuadrado, presidido por un viejo cerezo. — 4. La abertura en el muro Sur y la mesa de hormigón. — 5. El lago. — 6. La puerta. — 7. La ventana de 11 metros. — 8. Un sencillo conjunto que forman una ventana baja y un banco junto a la escalera. — 9. El porche. — 10. La sala de estar. — 11. El cuarto de los huéspedes. — 12. El dormitorio. — 13. El baño. — 14. Trastero. — 15. Cocina. — 16. Inodoro.



vimientos del terreno causados por las aguas produzcan grietas, nos habló del recubrimiento metálico que fue necesario añadir a las paredes exteriores, a fin de evitar las consecuencias del empleo de unos materiales de construcción de baja calidad. El resultado de esta protección nos lo dice el propio arquitecto: «Cette caparace utilitaire est fort jolie». En cierta forma, vino el hombre a excusarse del estado de descuido en que se encontraba el jardín, explicándonos que el principal motivo de ello es la proximidad de la carretera con su incesante ruido de coches, lo que para efectos de trabajo o reposo resulta un grave inconveniente. Según parece, la casa no se encontraba en un principio junto a una carretera de mucho tráfico, y de ahí la forma en que fue proyectada. Porque aquel jardín, con toda la poesía que encierra, parece estar pidiéndonos quietud y silencio.

Bajo el pequeño porche, sostenido por dos leves columnas metálicas, se amontonan sillas, mesas y otros objetos, en franco abandono. Algunos arbustos, entre ellos la gran hortensia, no habían podido resistir los últimos fríos, y permanecían quietos y mudos ante la acción del viento. Aquellos espacios aletargados me produjeron cierta tristeza.

Mientras conversábamos, me llamó la atención el aspecto que ofrecía la casa a través de la ventana. Me refiero al interior, que aparecía como la estancia de un estudiante inquieto, o el estudio de un pintor joven. Esto me llenó de curiosidad aumentando mis deseos de entrar.

Por fin, fuimos invitados a pasar al interior. Conocía lo que íbamos a ver; incluso las medidas de algunas estancias. El estrecho pasillo de entrada no resultaba angosto, a pesar de que nos detuvimos unos momentos en él. De ahí pasamos al comedor-estar; observé que conservaba algunos muebles de los que aparecían en el libro, pero el aspecto, en conjunto, había cambiado. Se habían añadido muchas cosas; un gran piano, sillas, muchos papeles, dibujos y carpetas que parecían llenas de dibujos. El hombre nos explicó que aquello era principalmente obra de niños; y dándose cuenta de nuestro interés por aquellas cosas, con verdadero gusto, abrió algunas de las carpetas llenas del precioso género: dibujos y pinturas de niños, de esos que no se cotizan pero que tienen extraordinario valor, generosos en su cantidad como los árboles sobre la tierra.

El hombre nos explicó:

— Una vez por semana, algunos niños del pueblo vienen a mi casa; aquí dibujan y pintan, hablan conmigo, pero sobre todo hacen música.

Y mientras hablaba nos acompañó a la habitación inmediata a la sala de estar, o sea, la proyectada como cuarto de huéspedes que comunica directamente con el jardín. Es la estancia que recibe luz de levante por medio de un lucernario. Cuando abrió el corrugable que la separa de aquélla, busqué con la vista los elementos que conocía, sobre todo la alta ventana con la repisa llena de piezas cerámicas. No obstante, lo que más me llamó la atención fue el conjunto de extraños instrumentos musicales que allí se encontraban.

El hombre siguió explicando:

— Los niños vienen aquí y hacen música. A veces, con botellas más o menos llenas de agua consiguen las notas musicales. Otras veces es por medio de ramas rectas de diferentes longitudes, o con trozos de tubos metálicos.

Mi amigo, buen catador de las cosas musicales conversaba fluidamente con el hombre. Si hablaban rápido, algunas cosas se me perdían; pero no importaba demasiado, porque estaba seguro de haber comprendido lo fundamental: no era suficiente que los niños tocaran un instrumento y lo hicieran sonar bellamente; era necesario que valorasen la propia naturaleza de los sonidos según la clase de material que los emite. Para mí, estudiante de arquitectura, aquello era una magnífica lección. Nosotros también debemos comprender la naturaleza de los materiales, para de esta manera, usar la madera en cuanto a madera, el plástico en cuanto a plástico, y el hormigón en cuanto a hormigón, dando así un paso más hacia la sinceridad en arquitectura.

Después de haber contemplado los elementales instrumentos, nuestro hombre quiso hacernos escuchar la grabación magnetofónica de un cuento infantil interpretado por sus muchachitos. Primeramente nos explicó el argumento, y cuando estuvo bien seguro de que yo me había enterado perfectamente, nos lo dejó oír. Las infantiles voces junto con los instrumentos caseros nos dieron a escuchar el maravilloso primer fruto de todo aquel tinglado.

No olvidando el primer objetivo de mi visita, solicité poder recorrer toda la casa. Así de la sala de estar pasamos, apartando tan sólo una cortina, al dormitorio principal, que participa de la misma ventana que el comedor, la gran ventana de 11 metros. A continuación se encuentra el cuarto de baño que solamente de vistas está separado del dormitorio, en el proyecto constaba exclusivamente de una bañera, a la que posteriormente se añadió un lavabo. De ahí, cruzando una puerta pasamos a un cuarto trastero y de él a la cocina, en la que quedaban los restos de una comida austera. La cocina, comunicando con el pasillo de entrada, cierra el circuito de la vivienda. Fuera de él se encuentran el sótano, un cuarto de servicio en un altillo y un cuartito, en el pasillo, con un inodoro.

Mientras tomábamos una bebida dulce, le pregunté si acudían a menudo estudiantes de arquitectura a visitar la casa. Me respondió que sólo de tarde en tarde. Le consulté, entonces, sobre si Le Corbusier iba a veces a verla. Me contestó que no había estado allí desde la muerte de su madre, porque estaba muy ocupado, y que si quería verla tenía que ir él a visitarla.

— ¿Pero usted le conoce?

— Sí, claro; es mi hermano.

Antes de marcharnos, me invitó a escribir en un libro, junto a las de otros visitantes, unas impresiones de aquellos momentos pasados en la casa. Puse unas palabras en español que él quiso que le tradujera cuidadosamente. Luego me dijo que no entendía muy bien mi firma. Escribí mi nombre en un papel, y entonces, tomando él la pluma, la retocó hasta hacerla legible.

En el viaje de vuelta casi no hablamos, ya atardecía y ahora teníamos el lago a nuestra izquierda.